

Los habitantes de la ciudad de Nínive eran idólatras y vivían de una forma disoluta. Entonces Alá decidió enviarles a su profeta Yunus para inducirlos a que se convirtieran, pero los habitantes de Nínive no quisieron escucharlo. Por mucho que Yunus tratara de convencerles de la futilidad de su idolatría y de la bondad de las leyes de Alá, ellos seguían haciendo caso omiso. Yunus les advirtió de que, si continuaban adorando a dioses falsos, Alá los castigaría. En lugar de temer el castigo de Alá, ellos le respondieron que no les amedrentaban sus amenazas. Por lo que el profeta, airado, decidió abandonarlos a su suerte y se fue de Nínive por temor a que el castigo de Alá no tardara en llegar. Dice el Corán: acuérdate de cuando Yunus se fue airado pensando que Alá no lo castigaría. ¡Cuántas desgracias le sucedieron!

Nada más salir Yunus de la ciudad, el cielo cambió de color y pareció arder. Al verlo, los habitantes de Nínive empezaron a asustarse. Conocían muy bien el destino que le había tocado en suerte al pueblo de Ād, Thamūd y Noé. Poco a poco, la fe tocó sus corazones. Entonces subieron a la montaña y empezaron a implorar la misericordia y el perdón de Alá. Sus lamentos resonaban por todo el lugar. Viendo que su arrepentimiento era sincero, Alá renunció a su castigo y les

envió su bendición. La tormenta que los amenazaba se alejó y los habitantes de Nínive oraron por el regreso de Yunus.

Mientras tanto, Yunus había subido a una pequeña embarcación y navegado todo el día en aguas tranquilas junto a otros pasajeros. Al anochecer, de pronto, el mar cambió. Una terrible tempestad se abatió sobre la barca, amenazando con hacerla pedazos. Detrás de ella una gran ballena hendía el agua con la boca. Alá le había ordenado que emergiera del fondo del mar y la siguiera. Viendo que la tempestad no amainaba, el capitán ordenó a la tripulación que soltara lastre. Arrojaron al mar todo el equipaje, pero no bastó. Entonces decidieron aligerar el peso tirando por la borda a uno de los pasajeros. Pensaban que así aplacarían la ira de los dioses. «Echaremos a suertes quién será arrojado al mar», dijo el capitán.

Aunque Yunus no creía en las supersticiones, se vio obligado a participar en el sorteo y precisamente le tocó a él. El capitán y su tripulación no querían tirarlo al mar, pues sabían que era el más justo de todos ellos. Entonces decidieron echarlo a suertes una segunda vez y después una tercera, pero siempre le tocaba a él. Así pues, la decisión estaba tomada: Yunus debía ser arrojado al mar. El profeta subió al puente de la embarcación y vio la tempestad abatirse furiosa a su alrededor. Estaba oscuro. Una niebla negra ocultaba las estrellas. En ese momento comprendió que la mano de Alá estaba en todo aquello que estaba sucediendo. Yunus había abandonado sin su permiso la misión que le había encomendado. De modo que, aceptando la decisión de Alá e invocando su nombre, se arrojó al mar embravecido y desapareció en medio de las olas. En ese momento llegó la ballena y se lo tragó. Sus dientes se cerraron sobre él como los barrotes de una cárcel y después desapareció en los abismos. Tres capas de oscuridad superpuestas lo envolvieron: la oscuridad del estómago de la ballena, la oscuridad del mar y la oscuridad de la noche.

Al principio, Yunus pensó que estaba muerto, pero después se dio cuenta de que podía moverse. Entonces se acordó de Alá e invocó su nombre. «*La ilah illa anta subhanaka inni kuntu mina'z-zalimin*. No hay otro Dios fuera de Ti, gloria a Ti. He sido un inicuo». Yunus siguió repitiendo esta invocación a Alá. Al oír sus oraciones, la ballena comprendió que se había tragado al profeta. También Alá oyó las invocaciones de Yunus y vio su arrepentimiento sincero. Entonces ordenó a la ballena que volviera a emerger a la superficie.

El profeta salió despedido fuera del vientre de la ballena y arribó a una isla remota. Se había salvado, pero sufría. Su cuerpo estaba cubierto de los ácidos del estómago de la ballena y, cuando el sol se alzó en el horizonte, comenzó a arderle la piel. Yunus siguió repitiendo sus invocaciones. Alá hizo crecer entonces una planta de calabaza para resguardarlo del sol y aliviar su dolor. Dijo a Yunus que, de no haber sido por sus plegarias, habría permanecido en el vientre de la ballena hasta el día del juicio final. Yunus regresó a Nínive y fue recibido con alegría por su gente, y juntos dieron gracias a Dios por su misericordia. El profeta Mohamed ha dicho: «Nadie debería decir nunca que es mejor que Yunus».



—La historia se ha acabado. Es hora de dormir.

Bruna se inclina sobre su hijo. Como cada noche, lo besa en los párpados. Le pasa la mano sobre la frente. Le acaricia la cabeza rizada y le sopla un poco entre el pelo desordenado. Mario ha decidido no volver a cortárselo y, en los últimos meses, le ha crecido hasta los hombros. Le abrocha el pijama con unicornios rosas y lo tapa. Después hace ademán de levantarse, pero su hijo le retiene la mano.

—Quédate un poco más.

Está cansada y querría quedarse sola, pero vuelve a sentarse en el borde de la cama. Minerva duerme ya tumbada de lado, con el pelo negro revuelto sobre la almohada, como serpientes en la cesta de un encantador. El libro que estaba leyendo ha debido de escurrírsele de las manos y se ha quedado abierto en una página al azar, hacia la mitad.

Te esperaré despierta, así me contarás cómo ha ido todo en la televisión.

Pero ha vuelto a casa demasiado tarde. Midtown estaba paralizado por el tráfico debido a las celebraciones electorales de los dos candidatos, ambos con el discurso de la victoria en la mano. Y Minerva se ha quedado dormida.

Tom, el marido de Bruna, está cenando fuera con algunos colegas del hospital. Los niños han cenado solos. Minerva calentó la sopa de pollo, recogió la cocina y obligó a su hermano a lavarse los dientes. Acabó sentada frente a la CNN para seguir los resultados de las elecciones mientras Mario hojeaba un libro de fotografías de Irving Penn y se quedaba dormido encima de la alfombra con la cara aplastada sobre el retrato de Pablo Picasso, que parecía mirarlo por debajo del sombrero.

Se estaba haciendo tarde. En la CNN el color de Pensilvania había pasado del blanco al rosa. Ohio estaba ya en rojo desde hacía una hora, lo mismo que Carolina del Norte. Había mucha expectación respecto a Florida. Pero tampoco ese gran pene en reposo acariciado por las cálidas aguas del Golfo de México, esa inmensa sala de espera del más allá para millones de norteamericanos jubilados, tardaría en ponerse rojo como casi todo el país. En la CNN, el rostro jovial de Van Jones se iba ensombreciendo cada vez más. Antes del final de la transmisión, el comentarista afroamericano lloraría

ante las cámaras, preguntándose entre sollozos cómo explicaría todo eso a sus hijos.

Tal y como había prometido a su madre, Minerva había apagado el televisor a las once en punto para acostar a su hermano. A la mañana siguiente tenía un examen de Historia sobre la guerra civil estadounidense, aunque sabía a ciencia cierta que en la escuela sólo se hablaría del resultado de las elecciones.

—Qué historia tan rara... ¿Es auténtica? —pregunta Mario a su madre.

—Es una historia recogida en el Corán y también en la Biblia, en donde Yunus aparece como el profeta Jonás.

—Entonces, ¿Yunus existió de verdad?

—Es posible. O quizá sólo sea una metáfora de como en la vida todo puede cambiar de repente.

Bruna baja los ojos y empieza a retorcer el borde de su falda de seda negra.

—Yo tenía un estudiante que se llamaba Yunus —dice tratando de que no le tiemble la voz—. Como el profeta del Corán, él también se dirigió a la ciudad de Nínive, que hoy se llama Mosul.

—Mosul... ¿Está en Estados Unidos?

—No, en Irak.

—¿Y él también acabó en el vientre de la ballena bajo tres capas de oscuridad?

—Sí, él también.

—¿Y también fue salvado por Dios, que ordenó a la ballena dejarlo ir porque era un hombre justo?

Intenta responder, pero se le hace un nudo en la garganta. Han empezado a temblarle las piernas. Sigue apretando el borde de seda negra dentro de su puño, como si tratara de aplastar esa oscuridad. Mario le coge entonces la cara entre

las manos y le acaricia suavemente las mejillas, por donde las lágrimas han empezado a caer marcando regueros muy claros en el espeso maquillaje televisivo.

Bruna se muerde los labios, odiándose por haber flaqueado delante de su hijo. *Les he mentado a todos*, se repite desde hace días. ¿Qué pensarán de ella sus hijos? ¿Y Tom? Y Yunus, ¿cómo ha podido engañarla? Se fiaba de él. Después se seca las lágrimas y se vuelve hacia la cama de Minerva para asegurarse de que su hija no se ha despertado. Sabe que no le dejaría escapatoria. Pero el ritmo regular de su respiración no ha cambiado. Duerme.

Vuelve a besar a Mario en los párpados. Él entonces le rodea el cuello con los brazos para acercarla más hacia sí. La besa en los labios, que ella se ha mordido para reprimir el llanto, apareciendo una gota de sangre en la herida.

—Duerme —le dice arreglándole una vez más las sábanas—. Mañana llegará enseguida.

Se levanta y apaga la lámpara roja que Mario tiene junto a la cama. Parece un pequeño extraterrestre con un solo ojo que cada noche le promete velar el sueño de sus hijos.

La casa es oscuridad y silencio. También ella parece encontrarse bajo tres capas de oscuridad. La capa protectora de su propia casa, donde sólo la obstinación de las contraventanas de madera consigue mantener fuera la claridad insomne de la calle; la indiferente del edificio en el que vive, doscientas viviendas y más de quinientos inquilinos, de los que, después de tantos años, no conoce a casi ninguno; y finalmente la oscuridad de fuera, la que se libra de la luz deslumbrante de la ciudad, donde parece de día cuando es de noche.

El resplandor sideral de los rascacielos. El fulgor seductor de los locales. Las luces hipnóticas de las pantallas gigantes. Bajo la taza del Dunkin' Donuts Coffee desfilan triunfantes

las cotizaciones del NASDAQ. Fuerte, fortísimo, fortisísimo. El Dow batirá todos los récords. Dieciocho mil puntos antes de las elecciones, veinticuatro mil un año más tarde. *Less taxation, less regulation*. Lo que es bueno para Wall Street lo es también para Main Street.

Pero la oscuridad resiste, no se rinde. Se esconde en las callejuelas estrechas, entre los edificios de las casas populares. En las tiendas desalquiladas clausuradas con cierres oxidados. Bajo los pasos elevados de la autopista, entre los cartones de los sin techo. En el barranco de Belmont Park, entre los detritus de jeringuillas usadas.

*La gente dice que no existe, porque nadie lo quiere admitir.
Pero existe verdaderamente una ciudad subterránea.*



El estudio ahora vacío que Yunus compartió con su amigo Mohamed está a oscuras. La cinta amarilla de la policía acorona la puerta de entrada. *Caution, police line*.

—Los dos parecían muy buenos chicos —dice una vecina al periodista de Channel 7—. El más alto, Yunus, era muy amable.

—¿Y usted no sospechó nada? —la apremia el periodista acercándole el micrófono a la boca.

—Pensándolo bien, ese chico era demasiado amable. Creo que por eso nunca me fie de él.

El profeta Mohamed ha dicho: «Nadie debería decir nunca que es mejor que Yunus».

—Su padre acabó en Rikers Island por una fea historia —cuenta el casero de Yunus—. De aquella cárcel no salió

vivo. Un asunto que nunca llegó a aclararse. No sé si existe el paraíso, pero ciertamente Rikers es el infierno.

—Pobre chico —continúa su mujer—. Fue entregado a los servicios sociales cuando tenía doce años. Yo pensaba que se había echado a la espalda su infancia difícil y que había cambiado de vida. Evidentemente estaba equivocada. Los hijos siempre acaban pagando los errores de los padres.

—Y por eso es necesario un decreto contra la inmigración proveniente de los países musulmanes —dirá al día siguiente el portavoz del presidente electo comentando el hecho—. Debemos evitar que entren individuos radicalizados dispuestos a perpetrar ataques terroristas en suelo americano o a reclutar para la Yihad a jóvenes incultos y con trastornos mentales.

La vivienda de Yunus está a oscuras. Los textos universitarios de segunda mano yacen esparcidos por el suelo junto a fotos, papeles y ropa. La policía se ha llevado el ordenador. El de Mohamed no lo han encontrado. Hay una zapatilla de gimnasia desaparejada. El póster arrancado de Charlie Parker y Dizzy Gillespie cuelga sobre la pared de la cama. La trompeta de Yunus yace encima de la mesa de la cocina. El polvo se ha depositado sobre su superficie. Recubre la campana de latón, obstruye los cilindros de los pistones. La melodía vaga de *My Melancholy Baby* quedará para siempre aprisionada en su interior. A partir de ahora la trompeta de Yunus tocará sólo *El silencio*.

*Day is done, gone the sun,
All is well, safely rest, God is nigh.*

Debajo de la almohada de Yunus está aún el ejemplar de *La habitación de Giovanni* de James Baldwin. Es una de las primeras ediciones de 1956, encontrada por Bruna en una vieja librería del Village. Una tiendita en el sótano de un

edificio que apestaba a mohó y a pis de gato. Las grandes cadenas se han comido a casi todas las librerías independientes de la ciudad y ahora Amazon se está comiendo, una tras otra, a todas las grandes cadenas. Y quién sabe, piensa Bruna, quizá un día llegará un pez todavía más gordo que Amazon y nos comerá a todos. Dentro de la novela de Baldwin hay un marcapáginas con la foto de Josephine Baker, que en 1927 bailaba en el Folies Bergère vestida tan sólo con una faldita de bananas.

La danza rebelde de ella envuelta en el abrazo potente de las palabras de él.

«... *This was but one tiny aspect of the dreadful human tangle occurring everywhere, without end, forever*», «todo eso era sólo una parte infinitesimal de la horrible maraña de seres humanos que había en todas partes, sin cesar, hasta el infinito».

La habitación de Yunus es demasiado pequeña para vivir dos. Yunus ha tratado en estos meses de hacerla más confortable. Ha pintado las paredes amarillentas y cubierto con moqueta el piso de linóleum. Él y Mohamed han convertido el trastero en una habitación para el rezo. Yunus ha extendido una alfombrilla afgana encontrada en un ropavejero de Harlem. En una mesita minúscula ha colocado un ejemplar del Corán. Sobre un paño negro colgado en la pared reza esta frase en árabe: «No hay otro Dios excepto Tú. ¡Gloria a Ti! He sido un injusto».

La habitación de Yunus está en el primer piso de un viejo edificio de ladrillos rojos, en la esquina entre la calle 130 y Malcolm X. Las ventanas dan a un pequeño patio interior. Por las tardes juegan en él los niños. «*Let's play Suicide!*», gritan felices mientras hacen botar una pequeña pelota de goma contra la pared. Uno de ellos coge la pelota al vuelo y golpea a su compañero de al lado mientras intenta alcanzar la pared. Este entonces cae al suelo.

—¡Te he tocado, estás eliminado!

—No, no es verdad, he tocado la pared antes de que consiguieras golpearme. ¡Estoy a salvo! —Pero está claro que miente.

Los jugadores son eliminados uno a uno, hasta que sólo queda un vencedor.

El joven arce del patio parece mirarlos desde lo alto. Dentro de unos años esos niños ya no caerán sólo por juego. El arce de Yunus ha perdido ya casi todas las hojas. Parece incluso más joven y fino viéndolo así de desnudo. Las ramas negras azotadas por el viento.

—¿Sabes por qué las hojas de los árboles se vuelven rojas en otoño? —le había preguntado Yunus antes de partir—. Pasan todo su alimento al árbol antes de dejarse caer.



Bruna entra en su dormitorio y se tumba vestida en la cama. Ni siquiera se ha quitado el abrigo al volver a casa. Ha ido directamente a la habitación de sus hijos, porque Mario, al oírla regresar la ha llamado. Se tumba de lado y cierra los ojos esperando dormirse, pero está demasiado nerviosa. Hay un ruido constante en su cabeza. El mismo estrépito de sirenas que se oye en la ciudad a todas las horas del día y de la noche. El mismo estruendo de taladradoras excavando cimientos y de hormigoneras vomitando cemento. Bruna se pone boca arriba y vuelve a abrir los ojos. Mira las grietas que se abren inexorables en el techo en el cambio de estación, cuando el edificio se contrae por la llegada del frío. Espera a Tom. Ha decidido contarle la verdad.

Es otoño avanzado. El aire cálido y húmedo del verano indio, que también este año ha sido particularmente generoso, ha dejado paso a una corriente de aire más fría que llega

de Canadá. El aire frío ha atravesado el gran lago Erie, las cimas poco elevadas de los Adirondack y el bonito valle del Hudson, ahora casi completamente yermo, y ha llegado hasta la ciudad. Ahora sopla sobre las aguas dulces y disciplinadas del Hudson y sobre las turbulentas y saladas del East River. Y se cuele por debajo del alféizar de la ventana levantando el polvo de los libros que llenan la habitación de Bruna.

Bruna escucha el estrépito nervioso del río que discurre bajo su casa. A lo largo de todo su curso, el East River está a merced de las mareas. Masas de agua que suben y bajan empujándolo en direcciones opuestas. Por eso unas veces discurre de norte a sur, del Long Island Sound hacia la bahía de Nueva York y el océano abierto, y otras veces recorre en cambio el trayecto en sentido contrario. El East River no es propiamente un río, sino un estrecho entre dos brazos de mar en perenne lucha entre sí. Entre un cambio de marea y otro hay siempre una tregua armada. Pocos minutos de *slack waters*, en los que las fuerzas de la naturaleza permiten finalmente al agua detenerse para recobrar el aliento. En ese momento, el río se relaja en su lecho. A Bruna le gusta observarlo cuando está así, lento y cansado. Le parece que esa es la única calma posible.

El río es el único habitante de esta ciudad que se permite cierto respiro. Mientras todos corren, sudan, se afanan, compiten, se persiguen, se dan codazos, se pelean, caen y se vuelven a levantar, él se detiene, respira, piensa. Sin embargo, la calma nunca dura mucho. Enseguida vuelven las corrientes impetuosas del Long Island Sound a sacudir de nuevo el agua. Un río dentro del río. Chocan con las del Harlem River en un lugar llamado Hell Gate, a un par de millas de su casa. Allí las olas parecen tropezarse consigo mismas, incapaces de continuar en la dirección hacia la que las empuja la corriente. Tom le ha contado que en el siglo xvii un explorador

holandés descubrió ese paso fluvial que permitía a las naves llegar a Boston navegando por las aguas más tranquilas de la bahía. Una ruta que, durante siglos, antes del transporte ferroviario, fue una de las más importantes vías para el comercio en Norteamérica. El explorador llamó Hellegat, boca de luz, a ese tramo del río. Y, de hecho, en algunas horas del día ese tramo del río se convierte en un enorme y deslumbrante espejo.

City of hurried and sparkling waters.

Pero, en la traducción inglesa, Hellegat se convirtió en Hell Gate, la puerta del infierno. No era simplemente un error de traducción. El paso escondía peligros insidiosos. Justo allí, en Hell Gate, la navegación se había vuelto extremadamente difícil por el choque de las corrientes, que creaban remolinos repentinos, y por rocas puntiagudas que asomaban del agua para clavar sus colmillos en el vientre grávido de los barcos.

City of spires and masts.

En el transcurso de los siglos, los navegantes pusieron a aquellas rocas nombres fantasiosos. Algunas veces inexplicablemente benévolos, como Pollito y Gallina, Pan y Queso. Otras veces más amenazadores, como Cabeza de Negro. En ese tramo del río, se hundieron cientos de barcos. Durante la guerra de independencia americana, el *Hussar*, un barco inglés que llevaba oro y plata para pagar a las tropas estacionadas en Manhattan, naufragó precisamente en Hell Gate. Los cazadores de oro lo buscan desde hace siglos.

—Ahí abajo hay un tesoro incalculable —le había dicho una vez a Bruna un viejo pescador que se pasaba los días junto al río con la caña de pescar apoyada en la balaustrada de

hierro. Ella se preguntó si el hombre se refería al oro de los barcos hundidos o a las lubinas que antaño abundaban en aquel tramo.

La historia que más le impresiona es la del *General Slocum*, un transbordador cargado de inmigrantes alemanes, parroquianos de la Iglesia luterana de Saint Mark. Habían zarpado desde Little Germany, en el Lower East Side, para celebrar un pícnic dominical en Long Island. A bordo iban cientos de mujeres y niños. El transbordador se incendió en las proximidades de Hell Gate y, unas pocas millas más al norte, naufragó con más de mil personas. Cuerpos carbonizados y pasajeros todavía en vida arrastrados durante millas por las corrientes furibundas del río. Hubo muy pocos supervivientes.

Ya a finales del siglo XIX, la ciudad de Nueva York decidió dinamitar aquellas rocas puntiagudas que hacían todavía más peligroso el paso de Hell Gate, una operación que duró más de setenta años. Una de las primeras en desaparecer fue Cabeza de Negro, con gran satisfacción de la pequeña multitud que, para asistir al acontecimiento, se había congregado en la orilla del río.



Bruna se estremece y se mete las manos en los bolsillos del abrigo. Uno de ellos se ha descosido hace unos días y ahora la mano lo traspasa por completo. Se promete a sí misma que lo arreglará al día siguiente, pero no sabe coser.

¿Dónde está Tom? ¿Por qué no regresa?

Piensa a menudo en su matrimonio como en un par de piernas que durante años han caminado juntas, la una junto a la otra. Pero sólo una de las dos ha sostenido realmente el esfuerzo e impedido a ambas pararse e incluso ceder. La otra simplemente se ha dejado llevar, un poco por pereza y un poco

por desconfianza en la necesidad misma de caminar. Bruna se pregunta ahora si en los últimos tiempos no ha sido ella esa pierna. Si ella y Tom no han acabado por intercambiarse los papeles. Él es el que lleva y ella la que se deja arrastrar.

Al principio era feliz con Tom. Para vivir con él se trasladó a Estados Unidos. Por él comenzó el doctorado en Boston y lo acabó en Nueva York, donde Tom se había trasladado para especializarse en endocrinología. Por él aprendió a sobrevivir a los inviernos nevados y a las *small talks* de los americanos. Por él aceptó dirigirse a los desconocidos con un infinitamente amable y a la vez estéril *How are you?*

Pero en seguida las cosas se volvieron difíciles. Empezó a no estar de acuerdo con la familia de Tom. Sus suegros planificaban los fines de semana y las vacaciones juntos sin ni siquiera preguntar. Se presentaban en su casa de repente, poniendo mil excusas. Insistían en que debían encontrar un novio para su hija Laura, que estaba siempre sola. Tomaban decisiones e imponían normas esperando que se adaptara a ellas.

Para Tom todo eso era normal. Era su familia. Era lo que conocía. Por lo demás, nunca se había rebelado contra sus padres, ni siquiera durante la adolescencia, que no es tal sin enfrentamiento. Nunca había alzado la voz. Nunca había amenazado con irse de casa. Nunca había dicho un saludable y liberador «*Fuck you, mom and dad!*».

Pero Bruna era diferente. Decía lo que pensaba. No escatimaba críticas, no sopesaba las palabras. Había hecho lo que había querido durante toda su vida. Nunca había escuchado a nadie, ni siquiera a sus propios padres. Había crecido independiente y con cierto gusto polémico por las cuestiones de principio.

